

Jim Lynch

A FAVOR DEL VIENTO

Traducido del inglés por Itziar Hernández Rodilla

Título original: *Before the Wind*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Jim Lynch
© de la traducción: Itziar Hernández Rodilla, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-769-8
Depósito legal: M. 15.045-2017
Printed in Spain

Para mi padre

Einstein navegaba

Einstein no era un gran marino, probablemente ni siquiera llegaba a mediocre. No participaba en regatas ni hacía travesías, pero entendía la placentera mezcla de acción y calma y la emoción de navegar al atardecer hacia un éxtasis de centelleos. A muchos nos ha seducido todo esto. En el agua nos sentimos competentes y exaltados, y la gloria nos dura hasta que saltamos a tierra y nos tropezamos con un bordillo y no encontramos las llaves y recordamos que tenemos el patio hecho un erial y el tejado con cuatro centímetros de musgo y que hay que cambiarle las pilas a los detectores de humo y que una rata se murió en la pared y que seguro que nuestras madres querrían que viviésemos más cerca. Por lo menos, alguien quiere algo más de nosotros. Pero el «nosotros» del que nosotros queremos más está a bordo de un barco impecable, con el casco reluciente y las velas cazadas y el viento de través.

¿Estoy comparándonos con Einstein? Sí. Los veleros atraen a los chalados y a los genios por igual, a los románticos cuyos barcos representan una imagen proscrita de sí mismos. Nos seducen estas cosas, pero lo que nos cuesta entender es que no son los barcos, sino esos inexplicables momentos en el agua en los que el tiempo se ralentiza. Todo el sector se sostiene sobre un sentimiento, una emoción. No suele tratarse del objeto, ¿o sí?

Sea como fuere, los aficionados a la vela son unos pringados. Pagan más en amarre y reparaciones de lo que valen sus barcos, y no parecen captar lo rápidamente que la lluvia y el agua salada conspiran para corroer y pudrir, con los gastos subiendo al ritmo vertiginoso al que disminuye el valor. Por no hablar de los regatistas que tiran millares por la borda para hacer sus balandras media pizca más rápidas y poder terminar los octavos en lugar de los undécimos en regatas tan desconocidas que no dejan ni la más mínima huella en la sección de Deportes. Un fanático de la zona gastó once mil dólares en un inodoro de fibra de carbono para ahorrarse menos de ocho kilos. En las paredes de Capital City Boatworks cuelgan placas de patrones agradeciéndonos las carísimas imprimaciones que están convencidos de que les ayudaron a ganar. Todo está en sus cabezas. Así que, sí, es cierto que los regatistas tienen un ala propia en cualquier manicomio de navegantes, pero son todos unos desubicados. Incluido yo. También pecadores. La ira surgió en los barcos, contaba mi abuelo, e insistía en que el propio Noé era un celeberrimo blasfemo. Pero la soberbia, la envidia, la lujuria, el orgullo, la avaricia y la gula también medran en ellos, igual que la ingenuidad, la beligerancia y otros defectos de segunda. Tomemos como ejemplo al nuevo dueño de la lancha motora de veintiún pies destripada contra aquella valla. Embistió el muelle de combustible con tanta fuerza la semana pasada que hizo un agujero en la proa porque no podía encontrar «el freno». O saquemos una tumbona para observar las rampas públicas cualquier sábado de sol y ¡que comiencen las tomas falsas! Como se suele decir, todo lo que necesitas para navegar es dinero, y ni siquiera eso. Si esperas lo suficiente, alguien te pagará para que te llesves su barco.

Aunque, por supuesto, están los que se niegan a abandonar. Ese Pearson 36 rajado que asoma del primer dique de carena

se estrelló contra una roca durante un temporal anómalo en marzo y perdió la quilla y la pala del timón. Pero el dueño insistió —antes de someterse a tres endoprótesis vasculares— en que hiciésemos lo que fuese necesario, cualquier cosa, para que *Sophia* estuviese lista para las regatas del verano.

—Señor Stanton —le aconsejamos amablemente—, repararla podría costarle mucho más de lo que vaya a ganar vendiéndola.

—¿Quién ha dicho que la vaya a vender? —preguntó, atragantándose con las palabras—. Quiero. Navegar. Con. *Sophia*. De. Nuevo.

¿Tienen los barcos alma? Al parecer, sí. Al menos, su esencia se va mezclando con la de sus dueños. E, igual que la gente comienza a parecerse a sus perros, acaba por asemejarse a sus barcos. Podría pasearme por las marinas y los astilleros del mundo y decir quién es el propietario de cada velero, luego enderezarles los mástiles, recablearles los motores, pintarles la obra viva y liberarlos de nuevo, hasta que alguna otra cosa gotease, se atascase o se rompiese. Como la mayoría de los mecánicos de barcos, intento no encariñarme con los clientes, pero, aunque comienzan como desconocidos, dejan pronto de serlo. Muchos se convierten en amigos; algunos son familia.

Aquella mañana fue mi padre quien me despertó para anunciarme que iba a traerme un barco para «arreglar». No dijo lo que eso suponía, ni preguntó si tenía tiempo o espacio en el taller. Solo que iba a traerlo desde Seattle y que a lo mejor no llegaba hasta las cinco, así que ya podía asegurarme de que el cabrón de la grúa lo esperase. Eso fue todo. Mi padre utilizaba el teléfono como un megáfono: para hacer anuncios e impartir órdenes.

Preparándome para su llegada, hice mi ronda final entre arrobados aficionados a los barcos que se comían con los

ojos los cascos desnudos apoyados sobre bloques y soportes, el astillero rebosante, como de costumbre, de un todo que abarcaba de cacharos abandonados a yates relucientes, con valores entre la nada y un millón. ¿Veis esa bañera descolorida, con las líneas de vida quebradas y una barba de algas en la línea de flotación? Los Catalina 27 abundan por aquí tanto como las gaviotas, pero ante los soñadores ojos de Rex y Marcy, ese mostrenco desaliñado es un velero exótico, listo para surcar los océanos.

Apenas en la veintena, se habían mudado aquí desde San Luis para trabajar en una granja ecológica de pollos al sur de la ciudad, y descubrieron su elixir espiritual cuando el *hippie* de su jefe los sacó a navegar una única vez. Al siguiente fin de semana comenzaron a explorar marinas en busca de barcos huérfanos, como esta decrepitud de veintisiete pies con la que se hicieron en una subasta por 875 dólares.

—¿Vais a arreglarlo para navegar por las islas este verano? —les pregunté oteando el puerto en busca de palos entrando.

Con sonrisas tan grandes que casi les impedían hablar, se miraban el uno al otro para ver quién iba a confesar qué.

—En mayo dejamos el trabajo y nos vamos —acabó por decir Rex.

—¿Cuánto tiempo?

—Sin fecha de vuelta.

Me reí antes de poder evitarlo.

—¿Habéis navegado ya con él?

—Nah —sonrió—. Lo estamos deseando.

—¿Habéis pasado alguna noche a bordo?

—Solo aquí, en el aparcamiento. —Las gruesas gafas de Marcy le hacían los ojos demasiado grandes para la cabeza. Ahora tampoco le cabían los dientes en la boca—. Es supercómodo —dijo.

Mientras les ofrecía mi asentimiento más alentador, advertí un alto mástil negro doblando la baliza de bocana del puerto y acercándose a nosotros a todo trapo por el canal dragado.

—Iremos primero a Alaska —me comentó, observando a Rex para asegurarse de que no contaba demasiado.

—¡Genial! —dije.

«Estáis como puñeteras chotas», fue lo que pensé.

Llevar un astillero es como trabajar en una planta de psiquiatría. Mostramos nuestro apoyo con muecas y movimientos de cabeza tranquilizadores. Hacemos nuestro cameo en ensoñaciones y delirios.

—Luego, nos dirigiremos a China —añadió Marcy, rodeando las huesudas caderas de Rex con un brazo y engancho el pulgar en su bolsillo delantero.

—¡Qué bonito! —dije.

«La vais a palmar», pensé.

O puede que no. Intenté imaginármelos sonriendo tiernamente entre olas de nueve metros en su decimonoveno día seguido sin ver tierra. Era, de hecho, posible. Quizá llegarían a la trascendencia navegando. Mi problema era que Rex y Marcy de Misuri comenzaban ya a confundirse con Chet y Laura de Nebraska, Jen y Osler de Texas y otra docena de parejas de ojos desorbitados, herederas de la doctrina del Destino Manifiesto de los primeros colonos, a las que había visto llegar al taller. Por si no lo habéis notado, la gente no suele tender al este en Norteamérica. Huyen al oeste, a reinventarse en Las Vegas y Hollywood, o más al norte, en nuestras aguas profundas, donde las glaciaciones se conjuraron para esculpir este paraíso de la navegación.

Puedo distinguir a estos migrantes de la aventura al vuelo porque ciertas cepas de esta suave locura invaden los genes de mi familia de la misma forma que la diabetes o el alcoholismo se arraciman en los de otras. Durante años, la navega-

ción nos mantuvo unidos. Éramos competidores, constructores y navegantes de travesía. Este era el negocio familiar, nuestro deporte, nuestra droga. Y, sin embargo, al final, navegar fue también lo que nos separó.

—¿Tenéis otra cerveza? —pregunté.

Rex y Marcy chocaron al abalanzarse hacia la nevera portátil por la Pabst helada que necesitaba para darme valor, visto que el barco de mástil negro que se deslizaba pasando la dársena, saltándose todas las limitaciones de velocidad del canal de aproximación, iba probablemente al mando de mi padre. Cuando estuvo a unos doscientos metros, pude distinguir el perfil familiar de un viejo Joho 39 y la gran silueta tras la rueda del timón.

Acercándose demasiado rápido, invirtió la marcha del motor en el último momento, antes de cruzar la línea de muelle de un salto mientras gritaba al tatuado Tommy:

—¡Pasa las eslingas por delante y por detrás del techo del camarote!

Repitió estas instrucciones después de que Tommy las obviase.

—Ya lo he oído la primera vez —dijo Tommy desde su asiento en lo alto de la grúa.

—¿Y por qué no has contestado, entonces? —preguntó mi padre—. ¿No es esa la razón por la que tenemos un idioma común? ¿Para comunicarnos? Y ata esas eslingas juntas para que el barco no se resbale al levantarlo. ¿Has oído o tengo que repetirlo?

Entonces me buscó con los ojos y bramó mi nombre.

Nadie olvida haber conocido a mi padre. Gritón, alto y rollizo, invade el espacio personal y exige su derecho de paso. No hay nada moderado en él. Líder y gamberro, caballero e imbécil, nunca reconoce una debilidad, admite una enfermedad o dice que quiere a nadie. Aunque la otra cara de la mo-

neda es que, cuando le complaces, te sube la temperatura corporal un grado o dos. Y aquí estaba, en su elemento una vez más. Anónimo en la calle, sigue siendo una leyenda en los muelles. Aún hay marinos que hacen cola para estrecharle la gran mano y, si se queda a tomar algo, pueden llegar a reunir el valor de preguntarle por todo lo que, según se cuenta, hizo hacer a sus hijos o a su tripulación para ayudarle a ganar, o de verificar las historias y los rumores sobre mi hermano o, más probablemente, mi hermana.

A todas luces aún agitado, Tommy izó con rapidez el maltrecho velero y lo dejó oscilando en las eslingas, algo que solo hacía cuando quería recordar a los dueños que podía dejar caer sus juguetes si se les ocurría ser algo menos que cortesés.

—¡Eh! —voceó papá, trotando por la rampa hacia mí, mientras Tommy volvía a fingir sordera, poniéndose un pitillo entre los labios—. ¿Qué le pasa a ese pedazo de burro?

—Me alegro de verte —dije.

Me sostuvo la mirada con aquellos brillantes ojos azules que siempre parecían reclamar perdón.

—¿Cómo puedes saberlo ya? —preguntó.

En un silencio incómodo, observamos a Tommy maniobrar la grúa mientras yo reconstruía las implicaciones de esta visita. Aquel viejo barco era uno de los primeros y más rápidos Johos de treinta y nueve pies que había diseñado y construido mi familia. Sin duda lo había comprado por poco más que nada y ahora quería que yo lo revisara por lo barato, para venderlo o competir con él.

—Vamos, flacucho, te invito a cenar —dijo, y me fue fastidiando los cuatrocientos metros de paseo que había hasta el restaurante—. Dime que por fin tienes un coche que corre —comenzó.

—Nah.

—¿Cómo es que un mago de los arreglos como tú aún no tiene coche?

—Cuando necesito uno, lo pido prestado. Tengo una bici.

—Ya no tienes doce años, Josh. Necesitas un coche. ¿Por qué no vienes a trabajar con nosotros? Aún podemos sacarte partido; más que nunca, de hecho. Lo sabes, ¿no? Podrías hacer muchísimo más de lo que estás haciendo aquí, sea lo que sea lo que hagas.

—Creo que ya hemos pasado por esto unas cuantas veces. ¿Cómo está mamá?

Se quitó de un manotazo la gorra de béisbol y meneó la cabeza como un perro sacudiéndose el agua.

—Ojalá lo supiese.

—¿Hace algún progreso?

Se sacó un pañuelo y se sonó.

—Trabaja las veinticuatro horas del día. Si no le pusiese la comida delante, ni comería. Para serte sincero, ni siquiera sé ya en qué está trabajando. —Me miró fijamente—. Entonces, ¿cuándo dices que va a terminar esta fase monacal tuya?

—¿Cuántos monjes conoces que trabajen en astilleros y busquen pareja en internet?

—Pero ¿cómo puedes conocer chavalas con un ordenador? —preguntó.

Me planteé contarle mi último encuentro con una mujer cuya lista de pegas para una cita era: «Ni bebedores ni fumadores ni leos ni acuarios ni hombres sin afeitarse de menos de 1,78 ni tipos de más de treinta y siete que calcen zapatos raros o sean aficionados a NASCAR». Después de nuestra primera y única salida, añadió otro reparo: «Que no viva en un barco».

—¿Qué tal está Christy? —preguntó.

—Es Kirsten. Igual que te dije la última vez. Hace años que no la veo.

—Me gustaba.

—Eso sueles decirme.

—¿Es así como va a ser?

—Podría preguntarte lo mismo.

Lo que mi padre me pidió que hiciese durante la cena me recordó que era un tramposo. Si no lo vigilabas de cerca, movería la bola blanca. Sin supervisión, haría trampas con las cartas y al Monopoly, al hacer régimen y con los impuestos. Como también era un tacaño, subestimaba ampliamente el coste de transformar su viejo barco mientras intentaba hacerme sentir desleal si no lo ayudaba.

—A tu abuelo le dolería que trasteásemos con su diseño original —añadió.

Lo que quería decir era: «Mantén el círculo de conspiradores tan reducido como sea posible». No dijo todo eso, de hecho: transmitió la mayor parte en guiños y gruñidos. Así que desvié la mirada para descansar de sus mentiras y expectativas, y vi una chillona golondrina de mar zambulléndose de cabeza en la bahía y reapareciendo con un capellán plateado en el pico. Me sentí identificado con el pescado.

—¿Nos atienden o qué? —gritó mi padre a todo el restaurante—. Estamos de celebración.

Cuando la mohína camarera llegó, se inclinó hacia ella, como haciéndole una confidencia.

—Dígame, ¿cuánto serían un par de copas de su mejor tinto?

Parpadeando y sonrojándose, ella le dio una carta de vinos.

—¡Por Dios santo! —refunfuñó él—. ¿Nueve dólares por una copa?

—El vino de mesa cuesta solo seis —susurró ella, ensanchando las agujereadas ventanas de la nariz y echando un vistazo a la jefa para asegurarse un testigo.

—¿Y eso tendría que emocionarme? —dijo mi padre—. Y deje de mirarnos por encima de su ornamentada nariz. Todos sabemos que usted tampoco se puede permitir comer aquí. Así que por qué no nos trae un par de copas de su cosecha de seis dólares exageradamente cara y luego veremos si nos queda suficiente dinero para comer.

La chica se alejó echando humo, aunque yo sabía que volvería a ganársela antes de que nos fuésemos y le dejásemos una propina memorablemente ridícula. Ay, ser Bobo Johannssen hijo... Para entonces, parecía más un papel que dominaba que quien era realmente. Me sonrió satisfecho como si acabásemos de robar un banco a mano armada y espetó:

—Este va a ser nuestro año, Josh. Ya lo creo. ¡Este va a ser nuestro puto año!

Sus típicas bravatas, sin duda, pero me emocionó. Tal como resultó, 2012 fue un año impresionante, que me inspiró a intentar ayudar a mi familia a hacer trampas y evitar la vergüenza y pasar contrabando y quizá incluso explicar algo sobre el universo que, de alguna manera, había pasado desapercibido para el resto del mundo. Añádanse a ello mis desgraciadas citas —siete nuevas candidatas esperándome en la bandeja de entrada— y mi asesoramiento diario a dueños de barcos neuróticos y tendremos una abrumadora lista de tareas para un hombre supuestamente carente de ambición en un mundo que parecía estar derrumbándose. Los mayas habían predicho que el mundo se acabaría antes de las Navidades. Un predicador de Oregón aseguraba prácticamente lo mismo, aunque con el Día del Juicio unos seis meses más temprano.

—Si no te hace ilusión ayudarme con esto —sugirió mi padre cuando hubo llegado el vino—, hazlo por tu abuelo. O, maldita sea, ¡hazlo por Ruby!

Eso fue lo que sustituyó a un debate ético sobre lo que todos los regatistas realmente competitivos hacen en secreto a sus barcos.

—Ha sido idea de ella —añadió, levantando la palma de la mano como si prestase declaración.

Entonces estornudó tan alto que todos nos miraron, sorprendidos de que no le hubiese salido volando la cabeza. Era genético. Su padre se hizo, una vez, un esguince en el cuello estornudando. Esperé las dos bombas siguientes. Siempre eran tres.

—De verdad que llamó —dijo sorbiéndose los mocos—. Dijo que ya iba siendo hora de que la familia compitese una última Swiftsure. Pregúntale al abuelo. ¡Por fin llamó!

Conocía todos mis resortes: lo que sentía por mi abuelo, quien había vuelto a sufrir desmayos, y que no se me escapaba que mi hermana tenía un tacto mágico para gobernar el diseño más rápido de la familia en la regata más ambiciosa del Noroeste, o al menos lo había tenido. Arrollado por su optimismo, me sentía exhausto, como si acabase de cruzar a nado la bahía.

—Tu hermana se apunta definitivamente —añadió, hundiendo un poco más el anzuelo—: ha sido idea suya.

No pude seguir conteniendo la sonrisa. Los inocentones como yo no somos los únicos que no se resisten a navegar con sus hermanas. La idea de Einstein de un verano ideal era navegar a diario con Maja, su hermana pequeña. En una carta de 1929, escribió que no podía esperar a sacarla a navegar en su adorado *Tümmeler*: «Quedarás extasiada cuando (espero) me visites el año que viene».

Nada menos que extasiada.

Einstein se atrevió a imaginar unas nuevas coordenadas espaciotemporales flexibles, pero nunca aprendió a nadar o a conducir, y salió con una espía soviética sin enterarse. Tam-

bién se paseaba en verano con un cinturón de cuerda y sandalias de señora, y adoraba navegar con su hermana pequeña. Sin saber nada de ella, sin embargo, puedo jurar que no era ni la mitad de marina que la mía. Pero eso no sería ni mínimamente justo porque nadie ha navegado jamás como Ruby Johannssen.